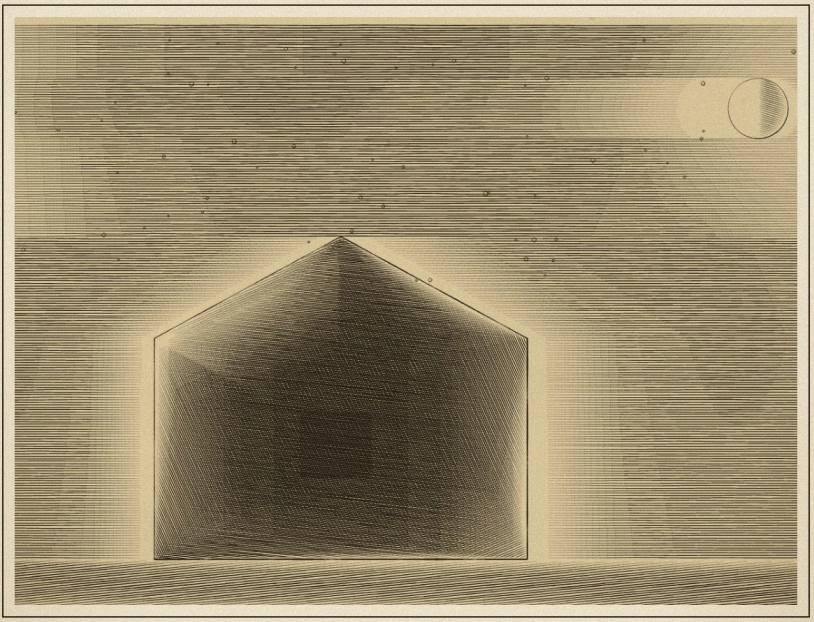
MEMNÓN O LA SABIDURÍA HUMANA

Voltaire



La lámpara encendida

MMXXVI

Memnón o la sabiduría humana

Voltaire

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: traducción de José Marchena (1819).

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

Memnón o la sabiduría humana

Memnón o la sabiduría humana

Pusósele en la cabeza a Memnón un día la desatinada idea de ser completamente cuerdo: que pocos hombres hay a quien no haya pasado por la cabeza semejante locura. Memnón discurría así: Para ser muy cuerdo, y a consecuencia muy feliz, basta con no dejarse arrastrar de las pasiones: cosa muy fácil, como nadie ignora.

Lo primero, nunca he de querer a mujer ninguna, y en viendo una beldad acabada diré en mi interior:

Un día se ha de arrugar ese semblante; ese turgente y redondo pecho se ha de tornar fofo y lacio; esa tan bien poblada cabeza ha de quedarse calva: y me basta con mirarla desde ahora como la he de ver entonces, para que esa linda cabeza no me haga perder la mía.

Lo segundo, siempre seré sobrio, por más que me tiente la golosina, los exquisitos vinos, y el incentivo de la sociedad.

Me figuraré las resultas de la glotonería, la cabeza cargada, el estómago descompuesto, perdida la razón, la salud y el tiempo; y así solo comeré lo que necesite, disfrutaré sana salud, y tendré siempre claras y luminosas las ideas. Cosa es esta tan fácil, que no es meritorio salirse con ella.

Luego, continuaba Memnón, es necesario no descuidar su caudal: mis deseos son moderados; tengo mi dinero que me produce buenos réditos y con buenas fianzas en poder del tesorero general de Nínive, y me basta para vivir sin depender de nadie, que es la mayor fortuna, porque nunca me veré en la cruel precisión de ir a besar manos de palaciegos; a nadie tendré envidia, y de nadie seré envidiado: cosa no menos fácil.

Amigos tengo, dijo en fin, y los conservaré, porque nunca les haré mal tercio; no se enfadarán jamás conmigo, ni yo con ellos: tampoco en esto se ofrece dificultad.

Formado así su planecico de moderación dando paseos por su cuarto, se asomó Memnón a la ventana, y vio dos señoras que iban por unas calles de plátanos, que inmediatas a su casa había.

Era vieja la una, y no la aquejaba al parecer nada; la otra era moza, linda, y tenía trazas de estar muy apesadumbrada: suspiraba, y lloraba, y eso mismo le daba más gracia.

Movióse mucho nuestro sabio, no con la beldad de la dama (porque estaba seguro de no rendirse a tal flaqueza), mas sí por el desconsuelo en que la veía. Bajó, y se acercó a la Ninivita joven, con ánimo de darle prudentes consuelos.

Contóle esta hermosa con la más ingenua y tierna expresión los perjuicios que le hacía un tío que no tenía, con que artificio la había privado de un caudal que nunca había poseído, y los temores que le causaban sus arrebatos.

Vos me parecéis hombre discreto, le dijo, y si me hicierais el favor de venir hasta mi casa, y examinar mis asuntos, estoy cierta de que me sacaríais del cruel apuro en que me veo. No tuvo reparo Memnón en acompañarla, para examinar con madurez sus asuntos, y darle buenos consejos.

Llevóle la afligida señora a un retrete bien aromado, y le obligó con mucha cortesía a sentarse en un muelle sofá, donde estaban las piernas cruzadas uno enfrente de otro.

Hablaba la dama con los ojos bajos; de cuando en cuando se le iban las lágrimas, y cuando los levantaba, siempre topaba con las miradas del cuerdo Memnón. Eran sus razones cariñosas en demasía, y mucho más cuando ambos se miraban.

Memnón tomaba muy a pechos sus asuntos, y a cada instante crecía en él el anhelo de servir a tan hermosa y desdichada persona.

Con el calor de la conversación dejaron poco a poco de encontrarse uno enfrente de otro, y de tener cruzadas las piernas, aconsejándola Memnón tan de cerca, y siendo tan cariñosos sus consejos, que ni uno ni otro podían hablar de asuntos, ni sabían donde estaban.

Estando en esto, llega, como ya el lector se ha podido imaginar, el tío, el cual venía armado de punta en blanco; y lo primero que dijo fue que iba a matar, como era justo, al sabio Memnón y a su sobrina; y lo último, que podría perdonarlos, si le daban mucho dinero.

Vióse precisado Memnón a darle cuanto tenía, y gracias a que en aquellos venturosos tiempos no había peores resultas que temer; que aun no estaba descubierta la América, ni eran las hermosas damas afligidas tan peligrosas como ahora.

Confuso y desesperado Memnón se volvió a su casa, donde encontró una esquela convidándole a comer con unos amigos íntimos.

Si me quedo solo en casa, dijo, tendré preocupado el ánimo con mi triste aventura, no comeré, y caeré malo; más vale hacer una frugal comida con mis amigos íntimos, y con su amena compañía olvidarme del disparate que esta mañana he cometido.

Fuese al convite; y viendo que estaba algo triste, le obligaron a que bebiese para disipar su melancolía. El vino usado con moderación es medicina para el ánimo y para el cuerpo: así pensaba el sabio Memnón, y se emborrachó.

Propónenle jugar una mano de sobremesa: un juego, donde se atraviesa poco, es una inocente diversión. Juega, y le ganan cuanto traía en el bolsillo, y cuatro veces más sobre su palabra.

Origínase una contienda sobre el juego, irrítanse los ánimos, le tira uno de sus íntimos amigos a la cabeza un cubilete que le saca un

ojo, y traen a casa al sabio Memnón borracho, sin dinero, y con un ojo menos.

Habiendo dormido un poco el lobo, envía a su criado a casa del tesorero general de rentas de Nínive, a que le diera dinero para pagar a sus íntimos amigos; y le trae el criado la nueva de que aquella mañana había hecho una quiebra de mala fe su deudor, con la cual dejaba por puertas a cien familias.

Despechado Memnón se va a palacio con un parche en el ojo y un memorial en la mano, pidiendo justicia al rey del fallido; y encuentra en una sala a muchas damas, todas como peonzas al revés, con elegantes tontillos de veinte pies de circunferencia, y batas de treinta de cola.

Una que le conocía algo, dijo mirándole al soslayo: ¡Jesús, qué horror! Y otra que le conocía más: Buenas tardes, señor Memnón; de veras, señor Memnón que me alegro mucho de veros: ¿cómo es que estáis tuerto, señor Memnón? y dicho esto, se fue sin aguardar respuesta.

Agazapóse Memnón en un rincón, esperando a poderse echar a los pies del monarca. Llegó su majestad, besó Memnón tres veces el suelo, y le dio su memorial, que tomó el soberano con mucha afabilidad, y se le alargó a uno de sus sátrapas, para que le diera cuenta.

Llama el sátrapa a Memnón aparte, y le dice con tono de mofa y ademán de insulto:

Donoso tuerto sois, pues os atrevéis a dar al rey un memorial que no ha pasado por mi mano, y cometéis con eso el atentado de pedir justicia de un fallido muy honrado, que está bajo mi amparo, y es sobrino de una doncella de servicio de mi querida.

No deis más paso en el asunto, si no queréis perder el ojo sano que os queda.

De esta suerte, habiendo Memnón renunciado por la mañana de mozas, de comilonas, de juego, de contiendas, y sobre todo de palacio, antes de anochecer había sido engañado y estafado por una hermosa dama, se había emborrachado, había jugado, le habían sacado un ojo, y había ido a palacio donde se habían reído de él.

Confuso, absorto, y rendido al peso de su sentimiento, se volvía medio muerto a su casa, y al ir a entrar, la encontró llena de alguaciles y escribanos que cargaban con los muebles a nombre de sus acreedores.

Paróse casi sin sentido debajo de un plátano, y se encuentra con la linda dama de aquella mañana, que se andaba paseando con su amado tío, y que no se pudo tener de risa al ver a Memnón con su parche.

Cerró la noche, y se acostó Memnón sobre un montón de paja, cerca de las paredes de su casa: entróle calentura, se aletargó con la fuerza de ella, y se le apareció en sueños un espíritu celestial; el cual era resplandeciente como el Sol, y tenía seis hermosas alas, pero sin pies, ni cabeza, ni cola, y no se parecía a cosa ninguna.

¿Quién eres? le dijo Memnón. Tu genio bueno, le respondió. Pues vuélveme, repuso Memnón, mi ojo, mi salud, mi caudal, mi cordura; y de seguida le contó de qué modo todo lo había perdido aquel día. Aventuras son esas, replicó el espíritu, que nunca suceden en el mundo donde nosotros vivimos.

¿En qué mundo vivís? le dijo el hombre afligido. Mi patria, respondió el genio, dista quinientos millones de leguas del Sol, y es aquella estrellita junto a Sirio, que estás viendo desde aquí. ¡Lindo país! dijo Memnón.

¿Conque no tenéis bribonas que engañan a los hombres de bien, ni amigos íntimos que les estafan su dinero y les sacan un ojo, ni deu-

dores que quiebren, ni sátrapas que se rían de vosotros cuando os niegan justicia?

No, le dijo el morador de la estrella, nada de eso: no nos engañan las mujeres, porque no las hay; no hacemos excesos de glotonería, porque no comemos; ni hay deudores que quiebren, porque no tenemos plata ni oro; no nos pueden sacar los ojos, porque no se parece nuestro cuerpo al vuestro; ni los sátrapas cometen injusticias, porque todos somos iguales.

Díjole entonces Memnón: Señor ilustrísimo, ¿sin mozas y sin comer, en qué pasáis el tiempo? En cuidar, dijo el genio, de los demás globos que están a nuestro cargo, y yo soy venido a consolarte. ¡Ay! replicó Memnón, ¿por qué no habéis venido la noche pasada, y me hubierais estorbado hacer tanto disparate?

Porque estaba con Asán, tu hermano mayor, le dijo el morador de los cielos, el cual es más desventurado que tú, habiendo su majestad el clemente rey de las Indias, en cuyo palacio tiene la honra de estar empleado, mandádole sacar ambos ojos por una leve falta, y teniéndole en un calabozo, amarrado de pies y manos.

Pardios, exclamó Memnón, que estamos medrados con tener un genio bueno en nuestra familia, si de dos hermanos uno está ciego, y otro tuerto, uno acostado sobre paja, y otro en una cárcel.

Tu suerte se mudará, replicó el animal de la estrella: verdad es que toda la vida serás tuerto; pero, como no sea eso, vivirás bastante feliz, con tal que nunca hagas el desatinado propósito de ser completamente cuerdo. ¿Conque eso es cosa que no es posible conseguir? replicó Memnón arrancando un sollozo.

Como no es posible, respondió el otro, ser completamente inteligente, completamente fuerte, completamente poderoso, o completamente feliz. Nosotros mismos estamos muy distantes de serlo; un

globo hay a la verdad donde todo eso se encuentra; pero todo va por grados en los cien mil millones de mundos sembrados en el espacio.

En el segundo hay menos placer y menos sabiduría que en el primero; en el tercero menos que en el segundo; y así se sigue hasta el postrero, donde todo el mundo es enteramente loco. Mucho me temo, dijo Memnón, que nuestro globo sea justamente esa casa de orates del universo, que vos decís.

No tanto como eso, dijo el espíritu, pero le anda cerca; y es preciso que cada cosa ocupe su sitio señalado. En tal caso, dijo Memnón, muy descaminados van ciertos poetas, y ciertos filósofos, que dicen que todo está bien. Razón llevan, dijo el filósofo del otro mundo, si contemplan la colocación del universo entero.

¡Ha! replicó el pobre Memnón, eso no lo creeré mientras fuere tuerto.